

tareas en las deliciosas *vil-las* de los pueblos comarcanos, tampoco le vió ni le dieron esperanza de verle hasta pasada *l'Otto-brata*, que suele ser á principios de Noviembre, época en la cual las Congregaciones reanudan sus trabajos. Consideró el Sr. Claret esta circunstancia como providencial, puesto que no había aún hecho aquel año los santos ejercicios, y ahora, en los días que faltaban, se le ofrecía muy buena ocasión para hacerlos con detención y recogimiento.

No dejó pasar descuidada tan buena coyuntura, y para más aprovecharse se puso bajo la dirección de un Padre de la Casa profesa de la Compañía de Jesús. Descubrióle durante los ejercicios todos los pliegues de su inocente alma, conferenció con él todos los días y le explicó su intención de ir á las Misiones de Oriente. Su buen director, prendado de las dotes extraordinarias que descubrió en el alma del joven sacerdote, y con ánimo de favorecer mejor la vocación á que el Sr. Claret se sentía inclinado, le dijo en los últimos días de su retiro:

— Ya que Dios le llama á Ud. á las Misiones extranjerías, mejor fuera se agregase Ud. á la Compañía de Jesús y no tendría que ir solo, que es cosa muy expuesta...

— Bien sé yo, — respondió el humilde sacerdote, — que para mí sería muy ventajoso pertenecer á ese célebre Instituto; pero ¿quién soy yo para que la Compañía me admita?

Tan alto concepto tenía de ella y tan bajo de sí mismo, que ni por sueños creía él que le admitiesen.

Maravillado más el Padre con tan profunda humildad y muy gozoso por juzgar que el Señor quería enriquecer á la Compañía con aquel precioso tesoro de virtud escondido á los ojos del mundo, le aconsejó que presentase una solicitud al reverendísimo P. Roothan, Prepósito general, que vivía en aquella misma casa, y así lo hizo el obediente ejercitando. Llamóle al día siguiente dicho Rmo. Padre y le mandó que se presentase al P. Provincial, que residía en San Andrés de *Monte Cavallo*, pues él daba por aprobado lo que éste resolviese.

En esta casa, situada frente al palacio apostólico del Quirinal, estaba entonces el antiguo Noviciado que la Compañía tenía en Roma, santificado con los ejemplos que allí dieron un San Luis Gonzaga, un San Estanislao de Kotska, un San Juan Berchmans y tantos otros varones esclarecidos que llenaron el mundo con el suave olor de sus virtudes y con los claros res-

plandores de su sabiduría. Pero después del 70 la piqueta revolucionaria, so pretexto de dar vista á la regia morada del usurpador de los Estados pontificios, derribó aquellos muros sagrados, respetando apenas las habitaciones de aquel ángel en carne humana, San Estanislao de Kotska. Y como si aquello poco que habían perdonado fuera continuo pregonero de la barbarie é injusticia de los usurpadores, en estos últimos años (1), á pesar de las solemnes promesas hechas por Humberto á las señoras de la nobleza polaca, cayeron aquellos últimos y venerandos restos del edificio bajo la piqueta demoledora, símbolo terrible de la universal ruina que amenaza á la sociedad moderna.

A este Noviciado, lleno de tan sublimes recuerdos históricos, se encaminó nuestro querido P. Fundador á fines de Octubre de 1839, y arreglados en breve todos los negocios, el 2 de Noviembre del mismo año experimentó gran consuelo viéndose ya vestido con la sotana de la Compañía de Jesús, pues le parecía un sueño lo que palpaba.

4. Puesto, pues, en el Noviciado, fragua de la caridad, escuela de abnegación y aprendizaje del olvido de sí mismo, no pensaba sino en santificarse. Los edificantes ejemplos de los profesos y novicios le tenían maravillado: de todos ellos sacaba gran provecho. Llamáronle la atención algunas prácticas, en especial aquellas con que se prepararon á celebrar la solemne fiesta de la Inmaculada Concepción, y que solían repetir para disponerse á las demás festividades de la Virgen. Con permiso del Padre director espiritual, proponía cada uno la práctica de alguna virtud según su inclinación ó su necesidad particular; hacían sus correspondientes actos y los anotaban, lo mismo que el modo ó manera con que los habían ejercitado. En la vigilia de la fiesta, por la tarde, cerrábase la lista

(1) El 13 de Noviembre de 1888, hallándome en Roma á causa de los estudios de Derecho, tuve la dicha incomparable de visitar las habitaciones ó capillas del ángel polaco, San Estanislao de Kotska, y de respirar el celestial aroma de virtud que despedían aquellas santas paredes; al año siguiente, por aquella misma fecha, torné á visitarlas, pero ya no existía sino un facsímil de ellas hecho en el piso bajo junto á la iglesia. El acuerdo de su destrucción, tomado en las logias masónicas el 7 de Junio de 1889 para hacer un nuevo ultraje á la Religión y á la persona augusta de León XIII, que había celebrado en ellas su primera Misa, fué bárbaramente ejecutado poco después del infausto acontecimiento del 9 de Junio de aquel mismo año, día de la infernal inauguración de la estatua al apóstata Jordano Bruno.

de lo que se había hecho, y puesto en forma de esquelita se echaba en el cepillo que el Padre Rector tenía en la puerta de su cuarto. Recogíalas su ayudante, el cual formaba de ellas un catálogo para leerlo por la noche en la capilla, estando todos reunidos, en esta forma: *Virtudes que los Padres y Hermanos de esta Casa han practicado en obsequio de María santísima para prepararse á la fiesta de la Inmaculada Concepción. — Un individuo ha hecho cada día tantos actos de tal y tal virtud, de esta ó la otra manera. Otro ha hecho esto y esto, y de esta manera. — Y así se iba siguiendo el catálogo de todos. De las prácticas que vió en aquella santa casa ésta fué una de las que más le agradaron, porque, callando el nombre del que había ejercitado la virtud, se le quitaba el peligro de envanecerse, y por otro lado muchos se sentían movidos á imitarle: “¡Oh! — exclama el Siervo de Dios, — cuántas veces me decía yo á mí mismo: ¡qué bien te estaría á ti esta virtud! la has de practicar; y así lo hacía con la gracia del Señor.”*

No hay en la Compañía mortificaciones mandadas y tasadas por la Regla; pero acaso en ninguna otra Religión están más en uso, aunque todas, ora sean públicas, ora secretas, deben hacerse con licencia del Padre Director. Ayunaban todos los viernes, y los sábados puede decirse que hacían otro tanto; porque si bien por la noche, además de la ensalada, pasaban un huevo para cada uno, casi nadie lo tomaba. Los más se abstentaban de todos ó de parte de los postres, y de los otros platos dejaban mucho, y siempre lo que les era más grato al paladar. Los Padres más graves, así como eran los que más años llevaban en Religión, así eran los primeros en observar tan rigurosa templanza. Uno de ellos, que tenía el cargo de Padre espiritual, ayunaba ordinariamente todos los días de la semana menos los domingos, y no tomaba otro alimento que pan y agua, y aun esto arrodillado en medio del refectorio, con una mesita baja enfrente, y así permanecía durante la comida ó la cena de la Comunidad. “Viendo en tal posición á este hombre venerable, — dice el Sr. Claret, — ¿quién no se había de confundir de estar sentado y comiendo con regalo?”

Los miércoles, viernes y sábados, y las vigiliias de las fiestas principales, pasaba un Padre por los cuartos con un cuadernito en blanco, y llamando á la puerta del aposento sin entrar,

salía el que estaba dentro de él, tomaba el cuadernito de manos del Padre, escribía en una línea donde estaba su nombre el acto de mortificación que tenía ánimo de hacer, verbigracia: *El Padre ó Hermano tal desea besar los pies, ó estar con los brazos en cruz durante la bendición y acción de gracias de la mesa; servir á la mesa, lavar los platos, etc.*, y le devolvía el cuadernito sin decir una palabra. Después de haber pasado por todas las celdas íbase al Padre Rector, el cual señalaba á quiénes daba permiso y á quiénes no, y volviendo el primero al aposento de cada uno, con un solo movimiento de cabeza les indicaba el sí ó el no sobre la licencia que habían solicitado (1). „

Además de estas mortificaciones exteriores y públicas había otras ocultas, como cilicios, disciplinas, limpiar los vasos ó platos, los faroles, los quinqués, etc.; empero las más provechosas eran las que se daban sin que uno las pidiese, y más aún si, como muchas veces acaecía, herían en lo vivo el amor propio. Es curioso é instructivo el relato que el Sr. Claret nos hace en sus *Manuscritos* de algunos á que le sujetó el Maestro de novicios. “Yo,—dice,—nunca he sido aficionado al juego, y por lo mismo me mandaron jugar todos los jueves en una huerta adonde íbamos. Supliqué al Padre Rector que tuviese la bondad de dejarme estar en la oración ó en el estudio en vez del juego, y me contestó redondamente: “Juegue Ud., y „juegue bien;„ por lo cual tanto cuidado puse en esto, que después ganaba todas las partidas.—Noté que un sacerdote de la Casa los días festivos tenía que celebrar muy tarde, y conocí que el haber de estar tanto tiempo en ayunas le era molesto, aunque él no se quejaba. Movido yo á compasión dije á mi Padre Superior que si era de su gusto y voluntad diría yo la Misa tarde, cambiando la mía, que era á buena hora, con la de aquél, pues podía yo esperar á desayunarme tarde sin experimentar molestia alguna. Me dijo: “Ya veremos.” El resultado fué que, en lugar de ponerme la Misa más tarde, me la pusieron más temprano.—Deseando leer la Sagrada Biblia, pedí la que me

(1) Casi todos estos actos de humildad y mortificación los dejó consignados nuestro venerable Fundador el P. Claret en nuestras santas Constituciones, con otros muchos de mayor abnegación que aquí no se nombran, y por la misericordia del Señor se usan mucho, no sólo en el Noviciado, sino también en nuestras Casas y Colegios.

llevé de España, en un tomo: dijéronme que estaba muy bien; pero no me la devolvieron hasta que tuve que salirme por enfermo. Grande fué el beneficio que me hizo el Señor en llevarme á Roma é introducirme, aunque por poco tiempo, entre aquellos virtuosos Padres y Hermanos. ¡Ojalá me hubiese yo aprovechado! Pero, si no lo hice entonces, me he servido de aquellas instrucciones para mi bien y el de mis prójimos. „

„ A propósito de lo dicho recuerdo,—dice el Rdo. P. Claret en sus Memorias,— que un día nos refirió nuestro amado Padre Fundador que los jóvenes probaban á veces sus sermones en el refectorio durante la comida, y que, habiendo hecho uno de ellos un hermosísimo discurso, le dijo el Padre Rector al concluir: “Ese discurso no vale nada; ha hecho Ud. un potaje „ como éste que nos han puesto en la mesa „. Al decir esto, retiró con desdén el plato que tenía delante; y cuando el avisado no lo podía oír, dijo á los demás novicios: “El joven que hoy „ nos ha predicado será un buen predicador. „

Ensayábanse un día aquellos jóvenes en el modo de catequizar; uno de ellos hacía el papel de catequista, y los otros el de niños; entra el Padre Rector en la sala en que estaban reunidos, y pregunta al que hacía de catequista: “¿Qué tal? ¿cómo se portan esos niños?—Muy bien, Rdo. Padre, respondió el joven; pero hay algunos un poco traviosos.—En este caso,—repuso el Padre Rector,—no convenía me lo dijese usted ahora, sino tan sólo que se portaban bien, y cuando yo me hubiese ausentado los habría Ud. llamado aparte y hablado en estos ó parecidos términos: *Queridos niños, yo disimulo vuestras faltas delante del Rdo. Padre Rector, y vosotros me hacéis quedar mal con él con vuestras travesuras. ¿Cuándo seréis sensatos? Mas espero que en lo venidero os aprovecharéis de estos avisos, etc.* „

El apostólico varón Sr. Claret, cual diestro negociante, iba haciendo acopio de todo lo que veía y oía, reteniéndolo en la memoria para sacar de ello sus ganancias espirituales. Allí aprendió el modo de dar los ejercicios de San Ignacio de Loyola, el método de predicar, de catequizar y confesar con fruto, y muchas otras cosas de provecho.

5. Admirábase el Siervo de Dios de la ejemplarísima conducta de los que vivían en aquel plantel de varones apostólicos: en las recreaciones no se hablaba sino de Dios y de las

virtudes, de la devoción á María santísima y de ganar almas para el cielo. Estas edificantes palabras y los brillantes ejemplos de los que las proferían, avivaron tanto la llama del celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas en aquel corazón, de antemano bien dispuesto, que le tenían consumido. Ofrecíase sin reserva al Señor, pensaba y discurría de continuo qué podría hacer para la salvación del prójimo, y no llegando el tiempo de obrar se desahogaba orando, y del horno encendido de su pecho salieron dos oraciones dirigidas á la Virgen santísima, que son dos llamas de fuego abrasador. Dudo que se haya escrito nada más vehemente y afectuoso en nuestra lengua, y que con mayor energía manifieste las torturas y sobresaltos de un corazón inquieto, despedazado y hecho un volcán por el celo consumidor de la gloria divina y de la salvación de las almas. Dígase que sus frases son toscas y que están por limar, que sus arranques parecen incoherentes; pero los que por esto juzguen del mérito de las oraciones dan á entender que ignoran lo que es el alma de la elocuencia, el lenguaje de la pasión, la manifestación clara y trasparente del espíritu. Sólo un ingenio superficial é insensible á los afectos religiosos no sabrá ver el alma de fuego que se trasluce en estas expresiones, que rebosan valentía, ternura, y estoy por decir, furoros del divino amor: “¿Cómo tendré caridad si, sabiendo que los lobos carnívoros están degollando las ovejas de mi amo, callo? ¿Cómo tendré caridad si enmudezco al ver cómo roban las alhajas de mi Padre, alhajas tan preciosas que cuestan la sangre y la vida de un Dios? ¿Y qué será de mí si callo aún viendo que han pegado fuego á la casa de mi amantísimo Padre? ¡Ah! No es posible callar, Madre mía, en tales ocasiones; no, no callaré, aunque supiera que han de hacer pedazos de mi cuerpo: no quiero callar; llamaré, gritaré, daré voces al cielo y á la tierra, á fin de que se remedie tan gran mal: no callaré; y si de tanto gritar se volvieren roncadas ó mudas mis fauces, levantaré las manos al cielo, y los golpes que daré en el suelo con los pies suplirán la falta de mi lengua. „

¡Cuán bien cumplió lo que en este arranque fervoroso prometió al Señor! Pocos serán los varones apostólicos que, como él, hayan dado tantas voces para despertar á las almas del profundo sueño del pecado. Lenguas fueron sus continuas pre-

dicaciones; lenguas sus numerosos libros; lenguas los millones de hojas volantes que esparció por todo el mundo, y que en España y América principalmente hicieron llegar por todos los rincones el grito de alarma para ahuyentar de la grey de Cristo los lobos infernales. Lo iremos viendo con más detención en el decurso de su vida; y entretanto, para consuelo de las almas fervorosas que celan la gloria de Dios, traslado en la nota (1) esas oraciones, que afortunadamente se han con-

(1) *Primera oración.* — ¡Oh santísima María, concebida sin mancha de pecado original, Virgen y Madre del Hijo de Dios vivo, Reina y Emperatriz de cielos y tierra! Ya que sois Madre de piedad y misericordia, dignaos volver esos tiernos y compasivos ojos hacia este infeliz desterrado en este valle de lágrimas, que, aunque desgraciado, tiene la dichosa suerte de ser hijo vuestro! ¡Oh Madre mía, cuánto os amo! ¡Cuánto os aprecio! ¡Oh, cuánta es la confianza que en Vos tengo de que me daréis la perseverancia en vuestro santo servicio y la gracia final! Al propio tiempo, Madre mía, os suplico y pido la destrucción de todas las herejías, que están devorando el rebaño de vuestro santísimo Hijo; acordaos, piadosísima Virgen, que Vos tenéis poder para acabar con todas ellas: hacedlo por caridad, por aquel grande amor que profesáis á Jesucristo, Hijo vuestro; mirad que estas almas, redimidas con el precio de la sangre de Jesús, vuelven otra vez á estar en poder del demonio, con desprecio de vuestro Hijo y de Vos. Ea, pues, Madre mía, ¿qué os falta? ¿Queréis acaso un instrumento con el que pongáis remedio á tan gran mal? Aquí tenéis uno que, al mismo tiempo que se conoce el más vil y despreciable, se considera el más útil á este fin, para que así resplandezca más vuestro poder y se vea más claramente que sois Vos la que obráis y no yo. Ea, amorosa Madre, no perdamos tiempo; aquí me tenéis: disponed de mí; bien sabéis que soy todo vuestro. Confío que así lo haréis por vuestra gran bondad, piedad y misericordia, y os lo ruego por el amor que tenéis al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Amén.

Segunda oración. — ¡Oh inmaculada Virgen y Madre de Dios, Reina y Señora de la gracia! Dignaos por caridad dar una compasiva mirada á este mundo perdido; ved cómo casi todos han abandonado el camino que se dignó enseñarles vuestro santísimo Hijo; se han olvidado de sus santas leyes y se han pervertido tanto, que de ellos se puede decir: *Non est qui faciat bonum, non est usque ad unum.* Se ha extinguido en ellos la virtud santa de la fe, de suerte que apenas se encuentra sobre la tierra. ¡Ay! Extinguida esta divina luz todo es obscuridad y tinieblas, y no conocen el abismo en que caen andando apresuradamente por el ancho camino de la eterna perdición. ¿Y queréis Vos, Madre mía, que yo, siendo hermano de estos infelices, mire con indiferencia su total ruina? ¡Ah, no! Ni el amor que tengo á Dios ni el que tengo al prójimo lo pueden tolerar; porque, ¿cómo se dirá que yo tengo caridad ó amor de Dios si, viendo que mi hermano está en necesidad, no le socorro? ¿Cómo tendré caridad si, sabiendo que en un camino hay ladrones asesinos que roban y matan á cuantos pueden, no obstante no se lo advierte á los que se dirigen á él? ¿Cómo tendré caridad si, sabiendo que los lobos carnívoros están degollando á las ovejas de mi amo, callo? ¿Cómo tendré caridad si enmudezco al ver cómo roban las alhajas de mi Padre, alhajas tan preciosas que cuestan la sangre y la vida de un Dios? ¿Y qué será de mí si callo aún viendo que han pegado fuego á la casa de mi amantísimo Padre? ¡Ah! No es posible callar, Madre mía, en tales ocasiones; no, no callaré, aunque supiera que han de hacer pedazos de mi cuerpo: no quiero callar; llama-

servado entre los manuscritos del Siervo de Dios, y que hasta ahora no habían visto la luz pública. Creo con esto hacer un favor á las personas devotas, sin embarazar por otro lado el curso de los hechos.

Comunicando el Sr. Claret estos sus ardientes deseos de trabajar por la salvación de las almas á su director espiritual, éste, como prudente y que no podía prever por entonces que pudiesen tener tan temprano cumplimiento, tomábale de la

ré, gritaré, daré voces al cielo y á la tierra á fin de que se remedie tan gran mal: no callaré; y si de tanto gritar se volvieren roncas ó mudas mis fauces, levantaré las manos al cielo, y los golpes que daré en el suelo con mis pies suplirán la falta de mi lengua. Por tanto, Madre mía, desde ahora ya comienzo á hablar y á gritar; ya acudo á Vos, que sois Madre de misericordia: dignaos socorrer tan grande necesidad; no me digáis que no podéis, porque yo sé que en el orden de la gracia sois omnipotente. Dignaos, os suplico, dar á todos la gracia de la conversión, pues que sin ésta no haríamos nada, y entonces enviadme y veréis cómo se convierten. Yo sé que daréis esta gracia á todos los que de veras la pidieren; pero si ellos no la piden es porque no conocen su necesidad, y tan fatal es su estado que no conocen lo que les conviene, y esto cabalmente me mueve aún más á compasión. Aunque esté destituido de todo dote natural para este objeto, no importa, *mitte me*: así se verá mejor que *gratia Dei sum id quod sum*. Tal vez me diréis que ellos, como enfermos frenéticos, no querrán escuchar al que les quiere curar, antes bien me despreciarán y perseguirán de muerte. No importa, *mitte me*, porque *deseo ser anatema por mis hermanos*. O bien me diréis que no podré sufrir tantas impertinencias de frío, calor, lluvias, desnudez, hambre, sed, etc. No hay duda que por mi parte nada puedo soportar, pero confío en Vos y digo: *Omnia possum in eo, qui me confortat*. ¡Oh María, Madre y esperanza mía, consuelo de mi alma y objeto de mi amor! Acordaos de las muchas gracias que os he pedido, y de que todas me las habéis concedido. ¿Precisamente ahora hallaré agotado ese manantial perenne? No, no se ha oído decir, ni se oirá jamás, que ningún devoto vuestro haya sido reprochado de Vos. Ya veis, Señora, que todo esto que os pido se dirige á la mayor gloria de Dios y vuestra y al bien de las almas: por esto lo espero alcanzar y lo alcanzaré; y para que os mováis á concedérmelo más pronto no alegaré méritos míos, porque no los tengo, sino deméritos: os diré, sí, que como Hija que sois del Eterno Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo, es muy conforme que celeis el honor de la Santísima Trinidad, de la que es viva imagen el alma del hombre, y además esta misma imagen está bañada con la sangre de un Dios humanado. Habiendo Jesús y Vos hecho tanto por ella, ¿ahora la abandonaréis? Es verdad que es merecedora de este abandono; mas por caridad os suplico que no la abandonéis; os lo pido por lo más santo y sagrado que hay en el cielo y en la tierra; os lo pido por aquel mismo á quien yo, aunque indigno, hospedo todos los días en mi casa, le hablo como amigo, le mando y me obedece bajando del cielo á mi voz. Este es aquel Dios que os preservó de la culpa original, que se encarnó en vuestras entrañas, que os colmó de gloria en el cielo y os hizo abogada de los pecadores; y éste, no obstante de ser Dios, me oye, me obedece cada día; pues oidme Vos, á lo menos esta vez, y dignaos concederme la gracia que os pido. Confío que lo haréis, porque Vos sois mi Madre, mi alivio, mi consuelo, mi fortaleza y todas las cosas después de Jesús. ¡Viva Jesús, viva María! Amén.

mano y le decía: "Dejemos que obre Dios, dejemos que obre Dios; ya llegará su tiempo." Y sin duda, movido por la autoridad de tan acreditado maestro, más tarde el Siervo de Dios calificó estos deseos de excesivos. Pero no era así, como bien pronto lo demostraron los hechos, sino que la gracia de Dios había obrado en él de un modo extraordinario para acabarle de disponer á la gloriosa empresa de las Misiones, con las que tantas almas había de ganar para Dios, y á otra aún más ardua y trascendental para la divina gloria, como era la de formar en la Iglesia militante nuevo y aguerrido escuadrón que tantos trofeos había de arrancar al infierno y tantos laureles alcanzar en las batallas del Señor. En esas dos oraciones está realmente dibujado, á lo menos con las primeras líneas, el espíritu del Fundador y de los futuros Misioneros con la nota característica de la devoción singularísima á la Madre de Dios, en cuyo Corazón maternal desahogarian, como su amado Padre, el celo por la salvación de las almas, y del cual tomarían alientos para acometer con brío y triunfar gloriosamente en la lucha contra las potestades de las tinieblas.

No fué, de seguro, tiempo perdido el que el Siervo de Dios estuvo en el Noviciado de la Compañía, porque lo que allí vió y oyó contribuyó en gran manera á su modo de vivir en el resto de la vida, como de ello dió claro testimonio el Rdo. Padre Juan Nepomuceno Lobo, que vivió por espacio de seis años al lado de nuestro santo Padre, y se separó después de él para entrar en la inclita Orden de San Ignacio. "En toda su conducta y modo de obrar,—dice este Rdo. Padre,—se ajustaba con la más delicada exactitud á las prácticas en que se ejercitó durante su permanencia en la Compañía de Jesús. Lo que allí aprendió no lo olvidó ni descuidó jamás. Mas tarde, entrando yo en la Compañía, tuve ocasión de conocerlo así y de admirarme, porque los más perfectos y observantes religiosos no me dieron más cabal ejemplo que él de la delicada observancia de la perfección religiosa. Tan grande fué el aprecio y amor que profesó á la Compañía, que supo inspirarlo á todos sus familiares, cinco de los cuales ingresamos en ella. Además, llegado á Cuba, elevó al supremo gobierno de Madrid una razonada exposición ponderando la necesidad de su restablecimiento en las posesiones de Ultramar, y especialmente en las Antillas, sobre todo para confiarle la educación

de la juventud y las misiones. El resultado fué como lo apetecía. La reina Doña Isabel II publicó una real cédula en 26 de Noviembre de 1852, y en ella, respecto á la conveniencia de restablecer la Compañía, se reproducen frases notables de la exposición del Sr. Claret; lo cual prueba que el Gobierno tuvo muy en cuenta sus razones alegadas.

„Mantuvo correspondencia algunas veces con el venerable y muy Rdo. P. Roothaán, Prepósito general de la Compañía de Jesús, el cual le había admitido en ella personalmente en Roma; y cuando, por motivo de una especie de parálisis que allí acometió al Sr. Claret hubo necesidad de enviarle á su patria natal, le anunció que si el Señor le había llevado á la Compañía fué para ejercitarse en el modo de vida que luego debía observar constantemente, así como la manera de dar ejercicios espirituales al clero en el siglo, adonde Dios le llamaba de nuevo para que le rindiera mucha gloria y en mayor escala que hubiera podido hacerlo como mero religioso de la Compañía. El resultado justificó bien pronto un anuncio que pareció profético (1).„ Hasta aquí son palabras del dicho Padre Nepomuceno Lobo. En ellas se apunta ya la causa que le obligó á salir de la Compañía.

6. Hacía ya tres meses que el fervoroso novicio Sr. Claret, con grande alegría de su alma, se iba formando para las santas Misiones en *San Andrés de Monte Cavallo*, por medio de útiles conferencias y de visitas semanales á cárceles y hospitales. Comenzó el 2 de Febrero de 1840 los ejercicios completos de San Ignacio de Loyola, que duraban por espacio de treinta días; continuaba en ellos con gran fervor y ardentísimos deseos de aprovechar, y todo parecía presagiar en él un futuro jesuita, fiel soldado de la milicia de Loyola. Mas el Señor, que no le destinaba para miembro de una Religión existente ya desde mucho tiempo y bien organizada, sino para fundador de una nueva, y que le había impedido entrar en otro tiempo por una mudanza repentina en la austera Orden cartujana, cuando el Siervo de Dios se hallaba con mayores bríos y más dulcemente ocupado en los ejercicios espirituales, atajó sus pasos enviándole un dolor muy intenso é inesperado en la pierna derecha, que le quedó como paralizada y en estado muy

1) Tomado de la carta del 22 de Enero de 1830.

peligroso. Lleváronle á la enfermería, donde le aplicaron los remedios oportunos; pero aunque se alivió algo con ellos no se tuvo por segura su curación, y aun se llegó á temer que perdería por completo el movimiento en aquella parte de su cuerpo. Visitóle el P. Rector; y como le viese en tan mal estado, le dijo: "No es natural lo que en Ud. está pasando; porque, habiendo permanecido hasta el presente sano y alegre, la novedad que le ha sobrevenido, precisamente ahora en los santos ejercicios, me hace pensar que el Señor quiere de Ud. alguna otra cosa; si le parece á Ud. bien lo consultaremos con el Padre General, quien, siendo varón iluminado de Dios y de virtudes no comunes, nos dará á conocer la divina voluntad." "Muy bien está, Rdo. Padre, — respondió el P. Claret. — Fuése, pues, acompañado del Rector á explicarse con el Padre General, y habiéndole éste oído, le dijo con gran resolución: "Es voluntad de Dios que vuelva Ud. pronto á España. Confíe en el Señor y tenga ánimo."

Con esta respuesta tan terminante no le quedó duda al Siervo de Dios de que el Señor no le llamaba á la Compañía, y como humilde lo atribuía á su indignidad, juzgando que no tenía partes para ella; pero se resignó enteramente á la divina voluntad, y á mediados de Marzo emprendió el viaje de su vuelta á España. Como unos cinco meses había permanecido en la corte pontificia; y habiendo llegado á ella desconocido, sin arrimo alguno, sin más recomendación que la dirigida al Ilmo. Vilardell, que de nada le sirvió, salió ahora de ella después de haberse ganado con sus virtudes y ejemplos la confianza y amistad de muchas y respetabilísimas personas, y dejando en pos de sí muy grato recuerdo en toda la colonia española, que hablaba de él como de sacerdote ilustrado y de extraordinaria virtud; lo cual era tanto más de maravillar en Roma cuanto que en ella no se ejerció en ninguno de los ministerios apostólicos que de suyo suelen llamar la atención pública. Sólo su modestia, piedad y celo le abrieron paso entre los demás, que éste suele ser el camino por donde llegan los santos á la cumbre de la fama.



CAPÍTULO VI

ES NOMBRADO REGENTE DE VILADRAU, Y DA COMIENZO Á LAS MISIONES (1840)

1. Prudencia del Sr. Claret en la elección de su residencia en España. — Es nombrado regente de Viladrau. — Su conducta en este empleo. — 2. Inaugura sus Misiones. — Fruto de las primeras que dió en Viladrau, Espinervas, Seva, Igualada y Santa Coloma de Queralt. — 3. El Señor autoriza su misión con milagros. — Extingue con su bendición un incendio. — Cómo curaba los cuerpos el Siervo de Dios. — Eficacia de sus recetas espirituales y corporales. — 4. Ingeniosa manera con que curaba á los que se creían endemoniados. — 5. Deja el cargo de Regente y se traslada á Vich.

1. Antes que el Siervo de Dios partiera de la Ciudad Eterna para España, algunos Padres jesuitas le aconsejaron que, en llegando á ella, fijara su residencia en la religiosa ciudad de Manresa, fortificada y defendida por los partidarios de la reina Cristina, con lo cual, decían ellos, evitaría que el Gobierno de Madrid, tan suspicaz y receloso de los eclesiásticos, le mirara como un emisario de los carlistas, y por otro lado, su virtud y vida ejemplar le defenderían suficientemente de los ataques de la maledicencia que pretendiera suponerle adicto á las doctrinas liberales. Otros, por el contrario, y entre ellos el Rmo. P. Fermín Alcaraz, le decían que sería mejor se estableciese en Berga, país dominado por los defensores de D. Carlos, en donde los religiosos disfrutaban de la libertad que no tenían bajo el Gobierno perseguidor del bando opuesto, y las misiones hallaban protección en las mismas autoridades. Oyó el Sr. Claret con respetuosa atención entrambos pareceres, pero sin obligarse á seguir ninguno de ellos.

Como una sola palabra pudiera haber comprometido su noble ministerio, guardó suma reserva y no se decidió por ningún partido hasta que, llegado á la Península, pudo apre-